

Un avanzado de la música religiosa: el Rvdo. P. José María Arregui, franciscano (1879-1955)

Fr. Pedro de ANASAGASTI. O. F. M.

La personalidad artística del Padre José María Arregui, franciscano, no ha sido suficientemente divulgada, por razones comprensibles: a su abrumadora labor en el campo musical religioso unió su tarea sacerdotal de incansable director de almas, y su vocación social de enjugar las lágrimas de los más desheredados; semejaba un piadoso abogado de causas perdidas, abandonadas por miserables.

Personaje de un corazón hipersensible a la miseria humana, pasó gran parte de su vida en visita de cárceles y hospitales, de cuarteles e inmundos suburbios, siempre portador de un mensaje de esperanza, de consuelo, de confortadora caridad. Espíritu impulsivo, sus decisiones no daban tregua a las dificultades, sino que inmediatamente abrían su prólogo, aun cuando tales realizaciones se relegasen, posteriormente, al olvido o a la fragmentación. Poeta sin desbastar, amaba toda noble empresa, asía las más audaces consignas, coleccionaba planes utópicos que, al tomar cuerpo en su expresión arrebatada, se vestían de verosimilitud y de probabilidad. Artista, subyugado por la inspiración, vivía a espaldas del reloj, en un plan de vida en el que el motor lo constituía su fuego interior, que era a veces la devoción, otras la piedad, frecuentemente la inspiración melódica. Reñido con la etiqueta, paseaba, en cada viaje, su deteriorado hábito y sus numerosas y burdas maletas con un olímpico desprecio del mohín de ironía y de burla que contemplaba en los numerosos curiosos que atisbaban su paso menudo, apresurado, incansable.

El Padre Arregui había nacido en Villaro (Vizcaya) en 1879, y moría en Aránzazu el 5 de mayo de 1955. Misionero en el Perú, en su noviciado de sacerdote, sentía la música interior en raudales de inspiración entre las más apartadas selvas. Anheló estudiar seriamente todos los aspectos de la música para poder recoger los tesoros naturales del Perú y enriquecerlos más, con la aportación de las modernas conquistas de la técnica. Regresó a España en

1914, intalándose en Barcelona para seguir las lecciones de armonía y composición en la "Academia Internacional Burgés". De su maestro Burgés diría este aprovechado discípulo: "Era el primero de los grandes maestros españoles que enseñó en España la música moderna. Su estancia y aprendizaje en Alemania le habían puesto en contacto con las más actuales tendencias, aún no conocidas en España".

En 1919, tras una interesante gira de actuaciones como pianista en varias capitales españolas, en colaboración íntima con el violinista holandés Theodor Werner, se hizo cargo de la dirección de la Schola Cantorum del Santuario de Aránzazu (Guipúzcoa), que la guió en dos épocas (1919-1923; 1940-1945). Retirado más tarde a la capellanía del Convento de Clarisas de Santillana del Mar (Santander), se sintió gravemente enfermo de un afaque de apoplejía, por lo que fué trasladado rápidamente a Aránzazu —como lo había manifestado en diversas ocasiones—, donde expiró a la sombra protectora de su adorada Andra Mari.

Compositor

De la escuela de Burgés, el Padre Arregui asumió una doble cualidad creadora: el sobrio pero valiente modernismo de su armonía, y la independencia melódica de cada voz, que forma el sonoro acorde al tiempo que perfila su melodía peculiar. El Padre Arregui definía la escuela de Burgés: "Su música es sinfónica; no trata solamente de acompañar a la melodía (lo más corriente en el género vocal) sino que, al mismo tiempo que acompaña, va creando melodías independientes y originales para cada una de las voces" (1).

En general, su música es eminentemente sonora, equilibrada, pausada, melodiosa, grandilocuente, mecida en una ebriedad de extáticos acordes; recuerda a la música vocal rusa. Resbala, frecuentemente, en acordes modernos, sin estridentes cacofonías ni períodos inestables. A veces, es totalmente pastoril, ensoñadora de una bucólica quietud, como cuando armoniza para orfeón diversas canciones vascas.

Es abundante y varia la producción musical del Padre Arregui, tanto la religiosa como la profana. Desde el didáctico método del

(1) Los textos citados del Padre Arregui están tomados de una entrevista con el autor de estas notas, publicada en la revista "Aránzazu", XXXIII (1953), pp. 306-309, bajo el título: **Luminosa irradiación musical de Aránzazu.**

solfeo y de las lecciones de piano, plasmados de experiencias de su larga vida de profesor, hasta los ampulosos fabordones de la Benedicta, hay una indefinida gama de motetes a una voz; de himnos al unísono, de diversas piezas sinfónicas, de dramáticas interpretaciones vocales de los textos sagrados de la Semana Santa, de armonizaciones alegres de canciones populares.

Puestos a destacar, señalaremos:

—“Homenaje de los Artistas Vascos a San Francisco de Asís en el VII Centenario de su muerte (1926)”, preciosa antología, en la que colaboran los 28 más notables compositores vascos de la época. Si apreciable fué la labor del Padre Arregui en encargarse, conseguir y publicar una selección cuidadosa de autores vascos, no fué menos valiosa su aportación personal como músico, al incluir en la antología siete de sus composiciones, a cuatro y a siete voces mixtas.

—“Himno a la Virgen de Valvanera”, Patrona de la Rioja, aceptado como oficial del Santuario, y grabado en discos.

—“Himno a Bilbao”, declarado oficial por el Excmo. Ayuntamiento de la Villa, en 13 de julio de 1935, que “estima el alto valor de la obra” y “declara la oficialidad de dicho himno”.

—Cuatro canciones vascas: “Aurtxo txikia”, a seis voces mixtas; “Ikusten dezu”, a cuatro y siete voces; “La del pañuelo rojo”, a seis voces mixtas, y “Capricho pastoril”, a cinco voces mixtas.

—“Pasionarias”, melodrama religioso.

—“Himno Nacional español”, adaptación para seis voces mixtas.

—10 Fabordones para diversas voces graves y mixtas.

—Dos Misas, a tres y cuatro voces mixtas.

—Misa de Requiem, a tres voces iguales.

—“Miserere”, a ocho voces mixtas.

—“Letanías de María Santísima”, a tres voces iguales.

—“Salve Regina”, a ocho voces mixtas alternando con la melodía gregoriana.

—“Stabat Mater”, a cinco y seis voces mixtas.

—Más de cincuenta composiciones para gran orfeón; composiciones de todo género —dentro del religioso—, entre fabordones, Salves, antífonas, Lamentaciones, motetes, himnos, canciones.

No existe un índice completo de sus composiciones, pero bastan las señaladas en el breve elenco anterior, para subrayar la fecundidad musical del Padre Arregui y su afición a la composición de música para grandes orfeones, preferentemente los que manejó durante su entusiasta y larga vida musical.

Sus composiciones han merecido la interpretación de los más

destacados Coros españoles; la Schola Cantorum de Aránzazu las ha incluido en sus mejores programas. Si su nombre no figura más frecuentemente en las carpetas de los orfeones, es, sin duda, porque la mayor y mejor parte de sus producciones son inéditas, escritas con motivo peculiar de algún acontecimiento o dedicadas en exclusiva a su idolatrada Capilla Musical de Aránzazu.

Director

La vida nómada y nerviosa del Padre Arregui desembocaba en un ideal concreto: la formación de masas corales, preferentemente religiosas. Sentía una invencible ilusión por la ingrata tarea de reunir cantores, de clasificarlos por cuerdas y de educarlos en la emisión de la voz. A los sesenta años acudía, como un esperanzado alumno más, a perfeccionar sus conocimientos de emisión de voz a una acreditada academia musical bilbaina. La conveniente impostación de la voz era un gusanillo roedor que le impulsaba a preceder los ensayos de ejercicios de vocalización, como una gimnasia rítmica para el deportista de neumas.

Allá donde se establecía con carácter permanente, se pregonaba la utilidad de un Coro, y pronto surgía, de la masa popular, un nutrido grupo que avanzaba rápidamente por la difícil senda de la interpretación artística.

Desde el año 1916, en el que fundó, en Barcelona, una Sociedad Sinfónica con los alumnos preeminentes de los principales Conservatorios y Academias artísticas, brotaron de sus mágicas manos las realidades orfeónicas de Alfaro, Bilbao, Guernica, Nájera, San Sebastián, Soria y Zarauz; si muchos de los orfeones por él formados se deshacían con la misma facilidad, siempre quedaba en el ambiente una ilusión musical y una afición que impulsaba a sus componentes a nuevas y más gloriosas lides musicales. Varios de los discípulos del Padre Arregui son actualmente aventajados Directores de Bandas de música y de Coros prestigiosos, cuando no considerables musicólogos.

Donde más se notó la influencia renovadora del Padre Arregui fué en Aránzazu. Una brillante historia, tres veces secular, en la música religiosa, había colocado al Santuario de Aránzazu entre los más eminentes escenarios musicales de España y del extranjero. El Padre Arregui, cazador de las más bellas innovaciones musicales y litúrgicas, ensayó en Aránzazu sus conocimientos artísticos y sus anhelos instauradores. La música religiosa vegetaba presa del amaneramiento operístico italiano, y sonaban en los templos arias, cantatas y romanzas de gusto palaciego. Aránzazu se lanzó

a la valiente empresa de rescatar el honor de la música sagrada. Nos lo contará el mismo Padre Arregui:

“No creo que resulte un acto de vanidad el afirmar que Aránzazu constituyó, en la segunda y tercera década del presente siglo, el más eficaz centro de regeneración de la música religiosa en España. En una época en que las suaves y palaciegas formas de la ópera italiana atosigaban la música coral y organística, Aránzazu se ofreció incondicionalmente a la labor de depuración y revalorización de la más genuina música religiosa.

En primer lugar, mediante sus programas de polifonía sacra, en los que, junto a los clásicos del Renacimiento, figuraban los maestros de la música moderna. Gustábamos de presentar a un Isasi junto a Viadana y Palestrina; a Vicente Arregui, Guy Ropard y D'Indy de bracet con Orlando y Vitoria. Dichos programas, inusitados en la región, atraieron a Aránzazu a músicos que luego tuvieron gran influencia en el País, siendo maestros de generaciones posteriores.

Aprovechándome de mi personal amistad con tantos músicos, les hice escribir composiciones especiales para nuestra Capilla Musical. Así, al tiempo que impulsábamos el resurgir de las composiciones religiosas, acostumbábamos al numeroso público, que llegaba a Aránzazu, a familiarizarse con la música moderna digna, animando a tantos Directores de Coros parroquiales a seguir el ejemplo de Aránzazu.

Queda aún por señalar otro aspecto trascendental. En la Escuela de Humanidades del Santuario, abierta a seglares, religiosos y seminaristas, se iniciaron en la buena música no pocos compositores, Maestros de Capilla y Organistas de talla nacional, cuyo elenco supondría la mejor apología de cuanto le dicto.”

En debido pago a esta titánica labor, se imponía al Padre Arregui, en julio de 1944, la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso el Sabio, por su labor personal y por la magnífica actuación depuradora y rectora de la Capilla Musical del Santuario de Aránzazu.

La palabra encendida del Padre Arregui, arrebatadora (en su plena vejez provocó en un joven artista esta expresión: “¡Este

hombre es maravilloso, encantador! Arrastra por su fuego creador, por la convicción y la juventud de sus ideales”) prestó un eminente servicio a la causa de la música religiosa y regional, deshaciendo entuertos pesimistas, impulsando la sana y atrevida inspiración de músicos amigos, inyectando optimismo en sus numerosos discípulos, ofreciendo un ideal artístico a tantos aficionados.

Ensayó también, aunque pudorosamente, su galana pluma, en defensa del músico franciscano Hartmann, autor (entre otras monumentales obras musicales) del excelente oratorio sobre la muerte de San Francisco de Asís. Y hubiera lucido esplendorosa, si llegara a cuajarse un ideal que le mordió a través de su existencia:

“Siempre perseguí con la mayor ilusión la creación de una nueva Revista musical religiosa, que, al mismo tiempo que informara de cuanto digno se ejecutaba y proyectaba en el campo de la música religiosa, fuese una escuela técnica y pedagógica musical, con lecciones de las más clásicas y modernas formas de composición.”

Pero una Revista periódica exige una buena dosis de organización y de penosa constancia, que no eran las virtudes más normales en el Padre Arregui.

El Padre Arregui fué un músico en el total sentido de la palabra: virtuoso pianista, compositor fecundo, valioso forjador de Coros y Capillas Musicales, pedagogo musical y consumado director. Deja, en su variada labor, el más cumplido epitafio de un artista.